

«Porvenir», ciertas declaraciones que se refieren a los tiempos presentes. «Mientras más se remonta el curso de la historia italiana, observa, tan humana por sus luces y sus sombras, con mayor concreción se constata que los italianos conservan, a lo largo de los siglos, las mismas características. El pueblo italiano presenta, en la actualidad, aspectos que, desde el pobrecito de Asis, no han variado; es hoy, como ayer, un pueblo estremecido de humanidad, de sencillez, de comprensión profunda. Ni los regímenes—anécdotas efímeras—ni las crisis morales y sociales más agudas han logrado modificar jamás lo esencial de su psicología, es decir, de esa voluntad de dignidad en las relaciones individuales, que excluye todo servilismo y toda desigualdad real. El pueblo italiano siente, en lo más profundo de su espíritu, que son los nacionalismos los que han llevado a Europa al borde del abismo, y que no será, por lo tanto, la recrudescencia de los nacionalismos lo que podrá salvar al Viejo Mundo. El Conde Sforza continúa siendo fiel a su doctrina política, de fina estirpe liberal. La tradición italiana habla en él y no podía este destruido ilustre, consignar de otro modo su esperanza en una reanudación del ritmo de la conciencia italiana. Su libro último es una demostración. Lo dice claramente, de su particular punto de vista: «Es probable que la crisis actual sea de larga duración, quizá si tan larga que nuestra vida no alcance a ver su término. Pero, a los que como nosotros no tenemos ni ambiciones, ni odios, nos basta la satisfacción de que el porvenir dará la razón a esos ideales, a los cuales siempre hemos permanecido fieles».—D. MELFI.

LA VIDA DE SAINT-JUST, de *Emmanuel Aegerter*.

Los que hacen de la historia una mera exposición fría e imparcial de documentos, no pueden mirar con agrado esas biografías noveladas en que se presentan a las personajes con todo el estremecimiento humano que tuvieron en vida, con sus rasgos

íntimos en actitudes domésticas. Serios reparos se les han hecho a esos novelistas-historiadores, porque no han trepidado en deformar la verdad histórica con el objeto de darle a su personaje el relieve y la vibración íntima que se requiere para perfilar un héroe de novela y suscitar en el lector el interés apasionante que provoca la narración de aventuras. Algo de esto creemos que ha acontecido con esta vida de Saint-Just escrita por Emmanuel Aegerter (1). En la imposibilidad de comprobar los hechos historiados por Aegerter, sólo seremos categóricos al referirnos al aspecto novelesco y artístico de esta obra; y sobre el particular, podemos afirmar que entretiene como la mejor novela y que los elementos literarios se dan generosa y brillantemente en todo el curso del relato biográfico.

A pesar de que Saint-Just aparece en el escenario de la Revolución francesa ocupando un lugar detrás de Robespierre, Dantón y Marat, creemos, por lo que se desprende de esta biografía, que su figura debe colocarse junto a la de estos grandes revolucionarios, y aun en un sitio más destacado, pues la solidez de su cultura y el brillo de su inteligencia le dan a Saint-Just un mayor relieve intelectual. «Su palabra fuerte, escribe Aegerter—clara, nutrida de pensamiento, de una madurez que contrastaba con la juventud del orador, destacaba vigorosamente por su helada gravedad sobre las violencias sanguíneas de Dantón y las biliosas recriminaciones de Marat». Hay, pues, en Saint-Just una mayor ponderación y un más sereno equilibrio de facultades que en los revolucionarios mencionados; cierta frialdad que lo acerca a Robespierre; pero en Saint-Just esta frialdad es hija de una cultura que le permite ver con claridad los más engorrosos problemas de política; en cambio, en Robespierre ésa su inmovible rigidez parece tener su origen, según von Hentig, en ciertas anomalías de su sexualidad. La cultura de Saint-Just es la del siglo XVIII, pero su espíritu está magnífica-

---

(1) Biblioteca Ercilla, Santiago de Chile, (Volumen V).

mente vuelto hacia el siglo XIX. Quiso él materializar las elucubraciones de Juan Jacobo y de los enciclopedistas, y sus palabras han sobrevivido a su nombre. Suya es la Declaración de los Derechos del Hombre, que ha tenido para la democracia liberal la virtud de los Evangelios. Como Robespierre, pretende ser implacable en sus aspiraciones de hacer justicia y de repartir la felicidad. Suyas son estas admirables palabras: «Que Europa sepa que no queréis que exista ningún desgraciado ni opresor en el territorio francés, que este ejemplo fructifique en la tierra: Que propague en ella el amor de las virtudes y la felicidad. La felicidad es una idea nueva en Europa». Mediante estas palabras podemos explicarnos muchas actitudes suyas de una extrema dureza, pues se ve que tenía de la justicia un sentido místico, más allá de lo racional. ¿Por ello acaso es por lo que lo emparenta Aegerter con Lenín?

Saint-Just hace el retrato de un revolucionario con palabras tales que le cuadran perfectamente a él «Sabe—dijo—que para que la Revolución se afirme, hay que ser tan bueno como malo se era antaño. La probidad no es una delicadeza del espíritu, sino una cualidad del corazón, y una cosa bien entendida. Marat es dulce en su hogar y no espantaba sino a los traidores. Juan Jacobo Rousseau era revolucionario y sin duda no era insolente. De lo cual concluyo que un hombre revolucionario es un héroe de buen sentido y de la probidad» Y así lo vemos en su vida pública y privada a través de esta evocación de Aegerter, quien no ha escatimado simpatía y generosidad en la apreciación de los hechos que constituyeron la existencia de este implacable revolucionario.

Con esta frase lapidaria de Aegerter podemos sistetizar la vida de Saint-Just: «Fué Saint-Just una inexorable voluntad al servicio de la justicia». A través de la historia aparece hermanado con Robespierre en la vida y en la muerte.—MILTON ROSSEL.